Cosas de familia

¿Es usted padre? ¿...y cómo ejerce la paternidad?

Sergio Chapela Preciado

Para nadie resulta nuevo el hecho de que a los hombres se nos educa desde la más tierna infancia para actuar como jefes del hogar. Desde que nacemos recibimos todas las atenciones de nuestra madre, y aun cuando nuestro padre esté de asueto y nos "obsequie" unos cuantos minutos de su valioso tiempo, en cuanto requerimos de algún servicio (cambio de pañal, alimentos, baño, etcétera) rápidamente entra al rescate nuestra heroica y abnegada madre, bajo la instrucción firme y decidida del glorioso jefe del hogar: nuestro admirado padre.

Así, vamos creciendo y en el camino se van incorporando más mujeres a nuestro servicio: las abuelas, las hermanas y las sirvientas en una primera instancia; las tías, las primas y las vecinas en una segunda; las compañeras del colegio, las novias y las compañeras del trabajo en una tercera; y como premio o coronación a ese arduo camino de aprendizaje en el dictado de las órdenes y del dejarse atender, nos llega finalmente como regalo divino, una virginal y obediente esposa, producto de la conquista más importante de nuestra vida, en cuanto se trata de la conquista que establece las condiciones y las garantías para que la especie se reproduzca en el ámbito del progreso de la civilización: el matrimonio. Por alguna extraña razón no se le llamó el patrimonio; en fin, debo pensar que el patriarcado también tiene sus "lapsus", después de todo también es humano.

De esta forma, sin necesidad de darnos cuenta, vamos incorporando a nuestro esquema de valores la más "valiosa" herencia cultural que puede recibir un hombre en el hogar: la cultura del patriarcado o, lo que es igual, la cultura del privilegio del hombre sobre la mujer. Con ello recibimos la lección más perfecta e importante que sobre la democracia pueda existir: la democracia es una utopía absoluta, ya que si hasta en la relación de convivencia social más elemental que existe: la vida en pareja, la norma de la relación está predeterminada por el principio más disparejo que pueda existir sobre la faz de la tierra, no nos queda más que asumir que la famosa democracia pertenece exclusivamente al mundo de las ideas.

Dicho en términos computacionales, la democracia es una realidad virtual, de ahí que como ciudadanos comunes nos manejemos políticamente bajo las leyes del paternalismo, y estemos siempre a la espera de que papá-gobierno tome la decisión adecuada para resolver los problemas más importantes de nuestro hogar-na-

ción. De tal suerte que cuando descubrimos que papá se portó mal porque se gastó todo el dinero de la quincena y de los ahorros en una parranda con prostitutas, nos sentimos enfadados y decepcionados, esperando que algún día su enorme autoridad se digne a pedirnos una disculpa, cosa que de antemano asumimos que no ocurrirá, por lo que simplemente nos conformamos con hacerle ver que estamos enojados.

De igual forma nos sucede como ciudadanos-naciones del mundo: estamos siempre haciendo votos para que papá-imperio (autonombrado como el país más democrático del orbe) decida lo más importante para el planeta y no se vaya a enfadar con nosotros.

Sin embargo, afortunadamente no hay predeterminismo fatalista que dure una eternidad, ni ser humano que lo tolere, y lo que la desigualdad en la relación de la pareja se traduce como la más elemental injusticia en el hogar, la discriminación del sexo femenino por el masculino se convierte en una violencia sexual, velada y manifiesta, que se expresa en el campo de batalla de la "lucha de sexos", que no es otra cosa que la lucha de clases entre géneros. Es precisamente en el seno de esa lucha, donde miles de mujeres han tenido el valor, el vigor y la energía para levantar su voz en contra de la opresión, y han estrellado su rebeldía una y otra vez, contra los gruesos muros de piedra del majestuoso castillo del patriarcado. Algunas desde tribunas públicas y muchas más desde las trincheras del hogar, en un trabajo silencioso pero no por eso menos efectivo, de tal suerte que hoy el milenario edificio presenta serias fracturas en sus cimientos y estructura. A esta lucha en pro de la igualdad entre los géneros nos hemos agregado un puñado de hombres que percibimos la utopía de la democracia como una realidad concreta en potencia, porque fuimos educados en el hogar para tratar con igualdad, respeto y dignidad a la mujer, y en la escuela, para debatir y hacer prevalecer los argumentos de la razón sobre los de la violencia, así como para respetar y hacer cumplir las decisiones de la mayoría, aun cuando sabemos que la voluntad de los otros puede llegar a reprimir nuestro deseo individual. Es decir, fuimos educados no para dar órdenes, sino para opinar con fundamentos, consultar, debatir y tomar decisiones compartidas, y ese puñado de hombres que compartimos por igual las responsabilidades del trabajo profesional con las del trabajo doméstico, debemos cuestionarnos muy seriamente cómo estamos educando a nuestros hijos, y en su caso, cómo estamos educando a nuestros alumnos, porque debemos hacer consciente la urgente necesidad de construir un modelo de masculinidad, que evite o combata la reproducción denotativa o connotativa de los estereotipos del patriarcado.

Y usted, estimado lector, se ha preguntado ¿cómo está educando a sus hijos?, ¿cómo está educando a sus discípulos?♦



Algunas notas sobre la violencia doméstica

Elisa Ramos

La violencia doméstica que se genera en muchos hogares lesiona la integridad física y emocional de las mujeres y los hijos. Es la manifestación más cruda de la subordinación de la mujer y requiere la intervención de diversos sectores sociales para erradicarla.

El trabajo de veinte años en México, también impulsado por mujeres de todo el mundo, para erradicar la violencia doméstica, hoy es tema de gran interés para los gobiernos y organismos no gubernamentales de muchos países, por las graves repercusiones que ocasiona en la salud física y emocional de las mujeres y los niños.

Las organizaciones antes citadas, participantes en la IV Conferencia Mundial de la Mujer, realizada en Beijin, China, observan la falta de suficientes elementos y datos sobre el alcance de la violencia que les permita avanzar en la elaboración de los programas encaminados a erradicarla.

No obstante lo anterior, la violencia doméstica continúa considerándose asunto privado, cuyas soluciones deben darse en el interior de la familia. Siendo historias ocultas, difícilmente podrá contarse con estadísticas suficientes que revelen la realidad y los efectos que ocasiona.

Jorge Corsi, en su estudio "Una mirada abarcativa sobre la violencia familiar" observa que hasta hace poco tiempo la violencia familiar era considerada como problema poco frecuente, catalogada como anormal y atribuida a personas con trastornos psicopatológicos.

El mismo Corsi apunta que sin embargo la violencia es un comportamiento "normal" en miles de familias, que se apoya en valores morales, en modelos culturales que asignan comportamientos distintos y colocan a la mujer en posición subordinada al hombre.

Por su parte el Centro de Apoyo a la Mujer, "Griselda Álvarez", A.C., (CAM), institución que atiende el problema de la violencia doméstica en Colima, en sus programas de prevención, atención e investigación, empieza a mostrar datos que arrojan luz sobre este grave problema.

Las estadísticas de 1995 revelan que el problema más frecuente en las mujeres que solicitan ayuda en el CAM es el maltrato físico. Leticia González, investigadora del centro, observa que de 233 mujeres que participaron en el proceso de atención, 170 dijeron haber vivido maltrato físico y 44 maltrato psicológico.

Las denuncias de maltrato y golpes, que el CAM recibe con mayor frecuencia, corresponde a mujeres de entre 20 y 30 años. Son mujeres en plena edad reproductiva y con un promedio de dos hijos; las condiciones de estas mujeres son de desprotección ante la carencia de empleo y pocas oportunidades para el cuidado de los hijos ante la escasez de estancias infantiles y apoyos familiares.

La duración del maltrato es un factor importante a considerar, por las implicaciones de exacerbación que trae consigo la permanencia de situaciones violentas. Las mujeres atendidas en el CAM que refirieron este problema manifestaron haberlo vivido en un promedio de duración de seis años.

Según estudios realizados por R. Galles y Straus, la duración del periodo de riesgo, es decir la cantidad de tiempo que los miembros de una familia están juntos, puede incrementar el riesgo potencial dentro de la familia. Por lo anterior se requiere de atención adecuada que tome en cuenta las distintas esferas del maltrato.

Ana Bertha Velasco, psicóloga del Centro de Apoyo a la Mujer, observa que la violencia doméstica se manifiesta de múltiples formas, especialmente en el cambio en el comportamiento y alteración en la salud integral de la mujer: estados depresivos, abandono emocional, reacciones psicosomáticas; es decir, el organismo responde con enfermedades que no necesariamente tienen una base fisiológica, orgánica, por ejemplo, dolores frecuentes de cabeza, colitis crónicas, etcétera.

Esta situación de violencia —nos dice la psicóloga Velasco— modifica de manera importante la relación madre-hijos, en el sentido de que no es una madre sana, satisfecha, con recursos para apoyar a los hijos en lo material y en lo emocional. Es necesario rastrear en los malesta-

♦♦♦

res somáticos el origen del problema y los efectos que ocasiona en su salud, y se les proporcione atención integral y especializada.

Acerca de la actitud del hombre que golpea, de acuerdo a lo que muchas de las mujeres refieren, es que sus parejas se alteran con suma facilidad, independientemente de su estado de ánimo. Pasando el momento violento, no todos se disculpan, ni todos son indiferentes, ni todos son agresivos después. La respuesta varía de acuerdo a su historia de vida.

Un hombre es violento cuando ve en riesgo su masculinidad —entendida como machismo—, cuando siente que se pone en tela de juicio su identidad como hombre y, en aras de rescatar esa identidad, ejerce control sobre la mujer: si él da una orden y ella no obedece, él interpreta que la autoridad que la sociedad le otorga no está siendo respetada. También puede golpear por factores de antecedentes de maltrato infantil.

Con relación a los posibles cambios del hombre que maltrata, la experiencia en el CAM nos dice que éstos se dan de manera indirecta, a partir de los cambios que la misma mujer tiene y que de alguna manera empiezan a mover los esquemas establecidos en la relación. Por su parte, las mujeres que asisten a los grupos de reflexión y salud integral, que el centro ofrece, esperan sentirse mejor emocionalmente, con fuerza, con claridad, con valor y seguridad, al final del proceso.

Por las características de inseguridad y desvalorización que las mujeres maltratadas presentan, se requiere de la intervención conjunta de diversas instituciones que consideren este problema históricamente juzgado como problema privado, en un problema de salud pública que lesiona a la familia, lugar de socialización de hombres y mujeres.♦



¿Qué hacer?

Lorena Hernández

A continuación se enumeran una serie de situaciones de la vida cotidiana que pudieron ser experimentadas por quien esto escribe o por sus amigas, familiares, compañeras de trabajo, conocidas así nomás o hasta desconocidas de plano.

1. A los ocho años, ser la caprichosa del cuento por preferir leer en lugar de correr presurosa a la cocina y ayudarle a mamá a preparar un pastel para agasajar al papá. Con este gesto convertirse por los siglos de los siglos en la consen, la chiquis, la muñe, la princesita con zapatitos de pirrín y crinolina de base de lámpara. Para ofrecer flores todos los días diez de cada mes.

2. Ser doblemente chistosa a los diez por no utilizar ni la cocinita *Lilí Ledy*, ni el horno mágico *Mi alegría*, y mucho menos el trapeador y la escoba miniatura comprados en un arrebato de entusiasmo paterno, para que la muñe se vaya haciendo mujercita. Los dos últimos enseres de limpieza sólo serían tomados en cuenta en el caso de que sirvieran para convertirse en medios de transporte, para poder viajar en ellos a lugares ignotos y remotos. So pena de que la viajera se

convirtiera en materia prima para consumirse o achicharrarse en la hoguera. (Recordar Salem)

3. Recibir la muerte social y con ello la invisibilidad ante los ojos paternos, cada vez que a juicio de éstos se llevó a cabo una elección equivocada. Los hermanos, en cambio, eran motivados y apoyados para cualquier empresa que desearan iniciar. Finalmente los hombres deben tener mucho mundo, ser muy experimentados...

(*Nota aclaratoria*: No por haber sido educados de distinta manera hermanos y hermanas en mi familia, experimentamos rivalidades y rencores. Descubrir cuáles son los procesos de formación para uno y otro género puede ser de gran utilidad si se desea entender que es lo socialmente permisible o no para hombres y mujeres, así como el papel que juega la familia en el reforzamiento o rechazo de actitudes, hábitos, comportamientos, etcétera.)

4. Recibir a través de familiares, parientes lejanos y no tanto, distintos mensajes relacionados con el hecho de contraer nupcias como único destino decente posible, con excepción de las que se dedican a la vida consagrada y deciden ir a echarle una mano a la madre Teresa de Calcuta. Las preguntas en torno al casorio van desde el gentil: "Quiubo, ya mero (te casas)", hasta el agresivo: "Se te está pasando el tren".

5. Una vez que la susodicha, víctima propiciatoria para tener apaciguados a los dioses *Singer*, *Mabe*, *Easy*, y sin faltar al exigente *Tuperware*, ha decidido matrimoniarse debe hacer frente a repetidos cuestionamientos acerca del monto total de hijos que piensa tener, de los que ya se tiene, de los que ya se perdieron, de los que no se tendrán, y en este último punto sufrir las consecuencias de ser por decisión voluntaria una mujer sin hijos que se convierte en una fenómena de circo, monstruo de feria o cualquier otra aberración imaginable por no realizarse como madre y, por ende, como mujer. La sociedad castigará el hecho de que la mujer sea capaz de negarse a sí misma, la dicha es aparecer en todas partes como Blanca Nieves, rodeada de siete enanos mínimo, en la época de la familia pequeña vive mejor, estar rodeada de cuatro aturdidores bodoques, que a diferencia de lo que sugieren los comerciales televisados de pañales para bebé, sólo son angelicales cuando están dormidos.

6. Después de unir la vida a otro, ante Dios, el mundo, uno de esos, o los dos, hay que responder a cosas escalofriantes como: dejaste tu empleo X porque tu marido *ya no te dejó trabajar, le vas a pedir permiso* a tu marido para ir al evento X que se celebrará fuera de la ciudad? Las mujeres deben pasársela *pidiendo permiso* al papá, al hermano mayor, al tío, al abuelito, al maestro, al marido, a los hijos, a los nietos, al confesor, la lista es larga. ¿Obedecerá esto al castigo por haber tenido la iniciativa de cortar la manzana sin haber pedido permiso a Adán?

7. Descubrir que es socialmente aceptado trabajar fuera del hogar, cuidando niños, vendiendo chicles, lavando ajeno, etcétera, y que al mismo tiempo la sociedad aplaude a esas mujeres que ayudan al marido, porque entre dos es más fácil y se convierten en superheroínas de la vida doméstica, reinas de la plancha, alumnas del Maestro Limpio, sobrinas de la Tía Rosa, candidatas idóneas a recibir el 10 de mayo una lavadora que le simplifique la vida y no un marido que colabore a la par en la casa, porque también en el interminable trabajo del hogar entre dos es más fácil.

8. Despertar un día y observar con tristeza que en la chamba, (añorada, deseada, peleada) hay que trabajar igual o más, y por supuesto ganar menos, y tener que sacar un pañuelito blanco y decirle adiós carrito, adiós bonos, adiós multifamiliares del Infonavit conseguido en cómodas mensualidades y con interés social, adiós, adiós, adiós, adiós.

9. Modelar el cuerpo según las exigencias histórico-socioculturales de la época, y al descubrir que con la nutritiva dieta propuesta en la publicidad televisiva en el horario telenovelero, es imposible aspirar a escuchar en alguna serenata trasnochada la melodía de varita de nardo o chaparrita cuerpo de uva, (aunque francamente esto de tener anatomía de vid no termina de convencerme) y mucho menos ser como aquella famosa actriz de apellido Stone y andar encuerando hombres en las paradas del camión nomás con la pura mirada en lugar de que sea al revés.

10. Sentir una culpa tremenda por sorprenderse a una misma riéndose de quienes dicen:

♦♦♦

tenía que ser mujer o cuidado, atrás de nosotros viene manejando una mujer, también participar, cual cómplice malévola de los horrendos chistes sexistas, generalmente platicados por frustrados machines bigotones que se ríen como locos cuando cuentan: sólo hay dos tipos de mujeres, ¿saben cuáles?, pues las pirujas y las muertas, juar, juar, juar.

11. Si el punto anterior trata sobre los sentimientos de culpa, por lo que pudieran llamarse actitudes antisolidarias con el propio género, este último cierra con sentir culpa por todo, sobre todo las que estudiamos en los mejores colegios de nuestra ciudad, pueblo, ranchito u lo que se le parezca, generalmente dirigidos por monjas (de las que el diablo esponja) que enseñaban a sus pálidas pupilas a coser, bordar y, sobre todo, a no hacer un montón de cosas (no sentarse con las piernas separadas, hablar en voz alta, etcétera). Si las colegialas deseaban colorear los ladrillitos del pesebre mural, que se ponía cada navidad en honor del Niño Dios, y al que sólo tenían derecho de pintar las niñas que se hubieran portado muuuy bien, y que de grandes lo más seguro era que sintieran culpa por todo. Por pensar, por sentir, por desear, por no hacer, por hacer, por decir, por callar, ¡aggghh!, por ser mujer, por autoanularse, por neutralizarse, por restarse importancia, por no quererse y finalmente llegar a los extremos de sentir culpa por sentir culpa.

¿Opciones para algunos de los puntos anteriores? Sólo estudiar, pensar, discutir con otras mujeres, analizar la realidad individual y colectiva, conocer lo realizado por feministas o investigadoras de los estudios de género y sí, lograr ciertos cambios encaminados a un trato más igualitario, más justo, más democrático, para mujeres homosexuales, pobres, tercermundistas, no se logra en un lapso corto de tiempo, por lo menos propiciar a que se dé, educándonos a nosotras mismas de un modo distinto, colaborando en la reeducación de los novios, maridos, hijos, amantes, nietos, primos, jefes y profesores. De la apatía no puede surgir la movilización, tal vez cambiar sea doloroso, pero no hacerlo puede ser más que eso. No es tan guajiro el sueño de aspirar a un mundo mejor y a una existencia más digna.♦

Cuestiones cotidianas e invención de alternativas

Genoveva Amador Fierros

Conceptos

Citando a Agnes Heller, Lagarde considera que "la vida cotidiana es el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales a su vez crean las posibilidades de la reproducción social" [Lagarde, *Cautiverios de mujeres*, p. 246].

Agrega que la vida cotidiana tiene para cada género aspectos diferentes:

- Para los hombres, la vida cotidiana es el espacio de su reproducción particular como hombres concretos.
- Para las mujeres significa el espacio de su realización como seres humanos concretos, en ella reproducen a los otros, a sí mismas y a su mundo; existen por medio de la maternidad. [*Íbid*]

En ese sentido, afirma Lagarde, "la vida cotidiana es el espacio de la reproducción y de la maternidad".

La *maternidad* es vista como uno de los hechos de la reproducción sociocultural y el trabajo materno excedente se define como "el trabajo y las actividades que realizan las mujeres maternalmente, para los aptos, porque es un trabajo obligatorio e innecesariamente realizado por las mujeres-madres" [*Íbid*, p. 251]. La *reproducción* es definida como "una de las formas en que se materializa la sociedad, y es condición de la existencia de los seres humanos particulares, quienes a su vez producen la vida social y la cultura". [*Íbid*, p. 248]

Planteamiento

Partiendo de esa base conceptual, interesa destacar aquí dos hechos: cómo la vida cotidiana es determinante en la reproducción y recreación del conjunto de características asignadas culturalmente a los hombres y a las mujeres por el solo hecho de serlo, es decir los especializa en actividades, funciones y roles diferenciados y, por otra parte, cómo la mujer juega en ello un papel que también es determinante.

Las mujeres son las que forman a los hombres en esos patrones de conducta que ellas mismas reprueban-rechazan, mediante relaciones cotidianas en el ámbito privado (maternal) que posteriormente se recrean en los espacios públicos. El comprar determinados tipos de juguetes para los niños y otros diferentes para las niñas, el aprobar determinados tipos de juguetes para los niños y otros diferentes para las niñas y reprobar la violación de esas reglas no escritas, el imponer también actividades diferenciadas para el apoyo a los quehaceres del hogar para niños y niñas, si es que se les asignan este tipo de actividades a los niños y continuar así durante el desarrollo de la vida de los hijos e hijas, son muestras cotidianas de la participación determinante de la mujer en la reproducción de los patrones de conducta masculinos y femeninos. Patrones de conducta que son a su vez la expresión cotidiana del mandato cultural de una sociedad organizada genéricamente y basada en la relación poder-dominio de los hombres sobre las mujeres. Es decir, las diferencias basadas en el sexo son acrecentadas a lo largo del periodo de formación de los hombres y mujeres mediante la asignación de una serie de características, funciones y actividades diferenciadas que provocan desigualdades.

Lo curioso es que, pareciera ser, que todas las mujeres estamos conscientes de esas diferencias, pero no todas estamos conscientes de las desigualdades que provocan esas diferencias y cómo lo que criticamos y reprobamos en los hombres puede ser cambiado no por ellos sino a partir de nuestras propias acciones. Hay ahí un gran poder oculto de las mujeres acerca del cual sólo es posible hablar cuando mucho en las esferas académicas.

Me atrevo a afirmar esto porque sucede que muchas mujeres, y no es aventurado decir que la mayoría de ellas, no sólo están conscientes de las diferencias e incluso desigualdades, (aunque no las relacionen), sino que las aceptan, las disfrutan y las recrean.

Los hombres, por su parte, también están conscientes de su gran poder masculino y de todo lo que pueden hacer con ese poder con relación a las mujeres, a grado tal, que incluso es frecuente escuchar a los hombres de diferentes niveles socioculturales e independientemente de su nivel educativo formal, que no les preocupa que las mujeres se agrupen, es decir que formen asociaciones. No ven en ello amenaza alguna para que las condiciones actuales en la relación hombre-mujer, cambien. No creen en la racionalidad ni en la capacidad de las mujeres para transformar en realidad sus ideas. Entre sus argumentos están desde "sólo se reúnen a chismorrear", hasta "las mujeres se destruyen solas, entre ellas mismas".

Me interesa destacar, por otra parte, cómo el peso cultural de la designación de género hace sumamente complejo el entendimiento de un esquema de relaciones democráticas entre personas que son diferentes, es decir entre los hombres y las mujeres, aun para aquellos hombres y mujeres que, como pareja, están dispuestos a cambiar los esquemas preestablecidos. Así, es frecuente escuchar a hombres que presumen de haber abandonado las características del prototipo macho mexicano y como ejemplo dicen: "Ayudo a mi mujer a lavar los trastos... Ayudo a mi mujer en...". El lenguaje delata en ellos que su concepción sigue siendo la misma, pero que, racionalmente, han decidido ser "conde-



♦♦♦

scendientes" con su pareja al apoyarla en las funciones y actividades que culturalmente está obligada a asumir. En las mujeres que forman estas parejas de "matrimonios modernos", o simplemente "parejas modernas", como comúnmente las llaman las personas conservadoras a ultranza, hay también actitudes que tienden a expresar su "agradecimiento" eterno por el tipo de compañero que "les tocó", "porque son hombres diferentes que sí las ayudan en las labores del hogar". La idea de compartir responsabilidades, tanto en el ámbito privado como en el espacio público en la vida cotidiana de hombres y mujeres, es difícil de asimilar.♦



Antorchas encendidas

Toya Alejandre

Adolescentes y jóvenes, mensajeros que abren la caja de Pandora de donde salen los secretos celosamente guardados de nuestras almas; portadores de buenas y no tan buenas noticias, emisarios del arcoiris...

¿Cómo nos encontrará la adolescencia de nuestros hijos? ¿Soportaremos la claridad de sus mensajes? ¿Seremos capaces de mirarnos en sus espejos? ¿Tendremos la valentía de aceptar lo que veremos ahí? ¿Podremos tolerar la pérdida de nuestras ilusiones y nuestros sueños? ¿Podremos encontrarnos cara a cara para saber responderles a sus interrogantes? ¿Estaremos aptos para decirles que la vida es un paquete que contiene de todo? ¿Tendremos el suficiente coraje y la humildad para compartirles nuestras incongruencias, nuestras desesperanzas y nuestro dolor? ¿Les diremos con el corazón en la mano que muchas veces hemos querido mucho y que podemos poco?

Cuando nos lleguen los run runes de que nuestro adolescente dice mentiras, agrede al otro, reta a la autoridad, llena su vacío con el alcohol y las drogas o con el amor codependiente; cuando un pajarito nos diga que no es capaz de ser recíproco, generoso, honesto, humilde, valiente, etcétera, ¿podremos nosotros sus padres internalizar esto y ver qué hay con nuestra honestidad, con nuestras adicciones, con nuestro orgullo, con nuestra autoestima...?

Nuestras antorchas encendidas, nuestros jóvenes, exigen fuego nuevo, y como en el "crisol del fuego se purifica el oro" vamos perdiendo el miedo a vivir la bellísima oportunidad de tener jóvenes en casa; atrevámonos a cruzar el umbral de la mentira y así sin máscara mostrémonos los rostros de frente. En medio de nuestros jóvenes y nosotros está la llama del amor congruente; encontraremos además las aguas tibias de un río cristalino donde podremos disfrutar de la corriente de la vida, al fin y al cabo los ríos tienen sus orillas, sus flores y sus árboles ilenos de sombra, para cuando estemos un poco o un mucho cansados nos tumbemos un ratito a contemplar las estrellas.♦

Criar dos veces

Las abuelas de las zonas rurales, víctimas y celebrantes, de una época de cambios bruscos y desiguales*

Ángela Hernández

Las mujeres jóvenes componen la mayoría en las corrientes migratorias desde los campos, impulsadas por dinámicas económicas y sociales asociadas a modelos de desarrollo centrados en lo urbano. Este fenómeno ya fue observado claramente en la pasada década. En este tiempo, la emigración de dominicanas hacia Europa revela una nueva dimensión de la tenaz búsqueda de independencia y mejoramiento de la vida por parte de las mujeres.

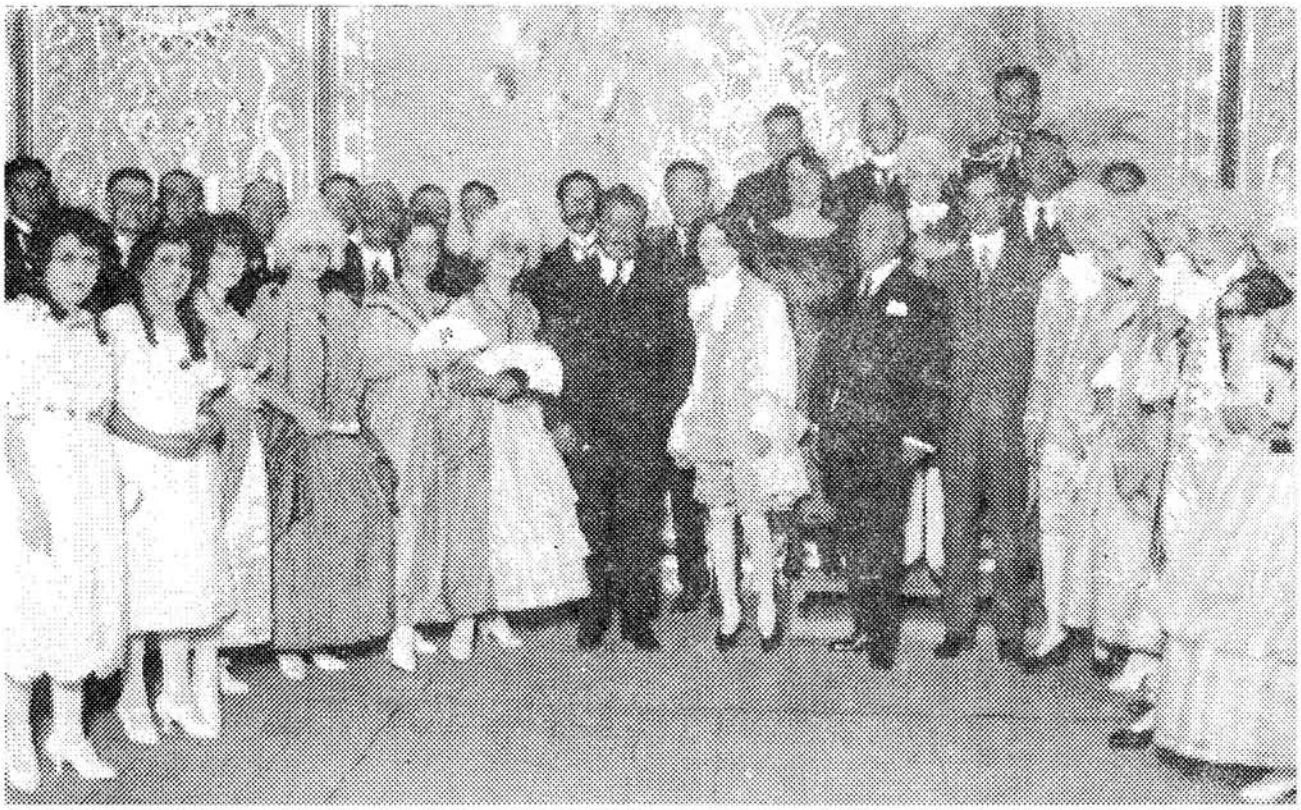
Sin embargo, al momento de dejar sus lugares de origen, estas mujeres, en número considerable, ya son madres; siendo, de hecho, esta misma situación la que les impele a procurar nuevos rumbos existenciales, caminos en los que a menudo se juegan sus más preciados valores y afectos. ¿Quiénes, entonces, asumen la crianza de sus hijos? Al parecer, de modo significativo o mayoritario, las abuelas.

Mujeres en la madurez o entrando a la ancianidad, empiezan de nuevo el ciclo exigente de la crianza. Acaso sean ellas el pilar invisible y sacrificado que evita el despedazamiento de toda una generación, extendiendo sus fuerzas menguantes para cimentar los afectos y ofrecer el cuidado minucioso que requieren niñas y niños.

Con los años cayéndome encima: Piedad Ruiz

A Piedad, de un paraje del sur, se le ha muerto un hijo de veinte años. Se siente rota por ello, y también se siente rota por las dos hijas que están en España. *"Una madre es capaz de morirse con todos sus hijos... que la mate la necesidad"*, dice para enfatizar que más que las carencias materiales le afecta hondamente el dolor emocional.

"Tuve siete muchachos, viviendo mal, pariendo como Dios quisiera, con los años cayéndome encima, durmiendo cinco en una sola cama... Pero lo peor es cuando falta la esperanza", expre-



♦♦♦

sa, rememorando la pérdida y los días en que no se podía responder cuando las hijas la llamaban por teléfono desde España, porque el llanto le impedía hablar.

La sala en la que conversamos es pequeña; cruzan y brincan niños y niñas. En la estrechez, pueden escucharse los involuntarios movimientos del marido, que sigue las palabras de Piedad, desde la habitación contigua. No ha trabajado más que esporádicamente. *"Es como una cerca de reses"*, dice la mujer, refiriéndose a la vivienda y a los muchos chiquillos. Están cinco hijos de sus hijas, y dos de ella misma todavía con menos de doce años.

Piedad me muestra orgullosa fotografías de las dos hijas que viven en el extranjero. En una se advierten sonriendo espléndidamente, en una fiesta. En otra, junto a dos hombres, paradas frente a un coche, sus miradas son complejas. Pregunto por la ocupación de ellas. La madre dice ignorarla, transmitiendo la sensación de que no está a su alcance comprender los trabajos que se hacen por allá.

La crianza de nietos y nietas

Le alegra que sus hijas tengan aspiraciones, que se miren en el espejo de ella, su madre, que tiene (asume) la mente corta y no se hubiera atrevido a salir del país. Que echó la vida vendiendo víveres y pollos en el mercado. *"Es ahora, por mis hijas, que yo me siento en una mecedora. Yo no hubiera querido que estén caminando por un país de ésos. Pero es por ellas que esta casa está cobijada"*, manifiesta, sumergida en las paradojas que le depara el vivir.

Por estas razones, se responsabiliza con gusto de los nietos: *"Los hijos de ellas no sienten tanto la falta. Se han criado conmigo. Yo soy su mamá. Ya estoy acostumbrada con esa carga de muchachos. Los papás no le salieron responsables. No han tenido suerte mis hijas con los maridos. Yo les tengo los hijos desde el principio, hasta uno que nació por allá (en España) y me lo trajeron de meses. Es fuerte esto, pero se ve una en la obligación"*.

Piedad Ruiz, comenta, a la corresponsal de *Fempress*, que viviría mucho más feliz de no ser por los frecuentes dolores de cabeza y las preocupaciones: *"Traen gente muerta de España. Hace dos años trajeron una cerca de aquí. No hace mucho oí que mataron otra... Mis hijas dicen que se sienten bien allá, que la gente es buena. Yo ya no lloro cuando me llaman, y me siento contenta cuando no estoy pensando en eso (las muertas) y pienso que pueden regresar..."*.

Madrid parece un lugar vaguísimo, casi tanto como lo es la ciudad de Santo Domingo, para las abuelas que crían nietos y nietas de las hijas que en estas ciudades laboran como domésticas. Vago también el tiempo en que no asumir el papel de proveedor era tacha al honor masculino; vago y paradójico el tiempo presente en que las mujeres están dispuestas a *"asaltar el cielo"* para romper el cautiverio de la rutina y la miseria, y muchas abuelas ven extendido al infinito el tiempo de criar, cuidar, educar. Para ellas tal vez el único cambio ha sido que *"hoy pueden sentarse en una mecedora"*.♦

* Tomado de *Fempress*, número 95, marzo-abril de 1996.

